

moda clama por lo exótico, las facciones de Ossian, de Goethe y de Clara Gazul, tienen abundantes imitadores.

Don Sixto.—¡Pero, ... Ossian!

Arcángel.—Sí, ya lo sé: ¡usted desea advertirme sobre la traída y llevada farsa apócrifa! Sólo he citado ese y esos nombres para invocar la actualidad de las supercherías maestras en el género. También Cervantes fué uno de ellos: dió al traste con la caballería, imponiendo una obra definitiva en el orden de las que fustigaba. ¿Y acaso su «Viaje al Parnaso» no es también otra comedia deliciosa de supuestos y enredos? Posiblemente, Cervantes tuvo razón, aunque la literatura caballeresca fué siempre enseña de idealidad y de belleza; por lo demás los cantos de Ossian, que tanto apasionaron a sus contemporáneos, merecen que vivan y ojalá se repitan supercherías de esta guisa.

Don Sixto.—Está usted en lo cierto, y otro tanto cabría afirmar de más reciente y donosa invención. ¿No ha leído usted esas deliciosas canciones de Bilitis, que Pierre Louys aseguró haber descubierto tras no sé cuáles o cuántas búsquedas pacientes, confundiendo con el descubrimiento la infalible sabiduría de doctos epigrafistas alemanes y hasta despertando la codicia de un poco escrupuloso editor castellano, que las dió a la estampa en cierta colección de un clasicismo más o menos escatológico?

Arcángel.—Déjeme volver de mi asombro, ya que tenía a dichas canciones por de muy auténtico origen y de muy respetable familia.

Don Sixto.—Una broma, una simple alegría pasada del autor de «Afrodita», que fué tan lejos en su superchería hasta buscarle a su héroe un docto biógrafo, como ese problemático G. Heim, que publicó su *Sämtliche Lieder* con un vocabulario, y descubrió su sepulcro en Palacio Limisso, a la vera de un antiguo camino, no lejos de las ruinas de Amathonte, donde dormía su sueño centenario, de veinticuatro siglos, entre sus poemas, su espejo de plata y sus joyas, el esqueleto de la dulce Bilitis, que el contacto del aire convirtió en leve polvo...

Arcángel.—Cosa parecida intentó, con buena fortuna, aquel excéptico y desconfiado novelador de «Colomba», cuando publicó su Teatro de Clara Gazul, en cuyo volumen aparecía el retrato de una mujer, la dulce Clara, comedianta española, en robe *decollé-tee*, los cabellos cubiertos con graciosa mantilla, y que no era otro que el rostro del propio Próspero Merimée, disfrazado de esa guisa.

Don Sixto.—Muy oportuno es el recuerdo, porque suya es también la deliciosa farsa de las baladas, que aparecen reunidas bajo el título de «La

Guzla», y que Merimée escribió, en quince días, después de leer el Viaje a Dalmacia del abate Fortis y los «Cantos Populares de Grecia» de Faurill. Usted recordará cómo, en un prefacio erudito, hablaba el autor de «Carmen» del tocador de guzla Jacinto Maglanovich, y cómo cayeron en la celada cierto polígrafo tudesco, que tradujo las baladas y el poeta Pouchkine que vertió al ruso algunas de ellas.

Arcángel.—Desde Goethe hasta nuestros días parece que el arte de la superchería ha dado buenos resulta-

Lista

de contribuyentes para el pago de la deuda exterior de Costa Rica.

Contribución anual \$ 5.00 oro am.

Vienen 43.

Carlos Luis Sáenz
Enrique Jiménez Núñez
Genarina de la Guardia
Estelita González
Salvador González R.
Marta Dittel
Antonio Castro Quesada
Mercedes Montalto
Felipe Madrigal
Carmen de Madrigal
Mateo Fournier Q.
Esther de Mezerville
Ana Rosa Chacón
José Acuña
Aida Charpentier
Ana María Loaliza
Rafael Cortés

?
?

dos. Con tal de que, a menudo, sirva para poner en solfa a cuantos viven en perpetua admiración ante los milagros del remoto exotismo, ya que no siempre estas bufonadas mueven el talento de escritores como Merimée o como el del docto Guerrini, que pudo echar a circular el nombre del romántico y doliente Stechetti.

Don Sixto.—Por lo demás, es cosa que bien se merece ese novedoso despliegue de eruditos que cada mañana, parte en sus carabelas a descubrir un nuevo oriente. Usted recordará cómo el irlandés Fitz Gerald, creo que utilizando el manuscrito de la Bodleian Library de Oxford, publicó los cien *rubais*, hoy tan difundidos, del admirable Omar Khaiyam, que luego diera a conocer Nicolás, que más tarde estudió el sabio Whinfield, y que han tenido una acogida clamorosa en toda

Europa. Martínez Sierra tradujo al español «Los Rubayat» allá por el séptimo año del siglo que corre, dándolos a conocer en «Renacimiento», excelente revista de corta vida. Este poeta, este enorme poeta, mezcla de pagano y de racionalista, que pretende arrancarle los secretos a la esfinge de la gnosis, renovó el contagio orientalista, que bien pronto iba a ganar terreno en volúmenes y universidades. Además, ya hemos visto el caso de un escritor argentino, Carlos Muzio Sáenz Peña, que se ha especializado en revelar a los países de habla española, transfundiéndola del inglés, toda esa literatura, a veces novedosa, a veces pueril.

Arcángel.—Nada de eso me es conocido. Comienzo a leer solamente a Rabindranath Tagore, algunos de cuyos libros parecen interesantes, aunque no cosa de espanto ni de maravilla.

Don Sixto.—A ese terreno deseaba llegar con mis dilucidaciones: la moda del orientalismo literario no pasa de ser más que una actualidad ligera, de no durable permanencia. Desde que la Academia sueca le concedió el premio Nobel al poeta del «Gitanjali», fué presa y pasto de la curiosidad. Encontró en Francia un primer admirable traductor en André Gide, y luego, en España, Zenobia Camprubí de Jiménez comenzó a difundirle correctamente vertido a nuestra lengua.

Arcángel.—Aunque mi versación en la literatura actual no es muy completa que digamos, quiero sólo decirle, a trueque de que usted me confunda con sus reproches, que no es santo de mi devoción el tal cantor indú. Sus parábolas y poemas nada me revelan del Oriente y el sabor de sus producciones me era familiar en mis lecturas de Tolstoy y de Oscar Wilde, de Baudelaire y... de la Biblia, sobre todo de la Biblia, que releo y me interesa más que todas estas novedades de oropel y de relumbrón.

Don Sixto.—De acuerdo, de rete-acuerdo y de más acuerdo. En este instante siento el desahogo que debió gustar aquel gascón que, en artículo de muerte, declaró que le cargaba el Dante. Usted ha dado en el clavo y me acaba de aligerar de un grave peso. Mis lecturas y relecturas de Tagore han acabado por hartarme, llegando a sentir lo que aquel tragón de la chuscada, que se merendó un botijo de miel.

Arcángel.—Observábale que Tagore nada me revela del Oriente; que no siento en él la secreta vibración del alma asiática, que fluye de Sakountala; que no ilumina sus páginas esa luz interior que alumbra las viejas civilizaciones en las remotas teogonías; esa luz que es como una lámpara velada